

COLECCIÓN HISPANIOLA, 69

REVELACIÓN

© Esther P. Bendahan Cohen, 2026

© De esta edición, Editorial Confluencias, 2026
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Corrección de textos: Lucía Hernández-Canut Lafuente

Impreso en España

ISBN: 979-13-992206-8-1
Depósito legal: AL 536 2026

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ESTHER P. BENDAHAN COHEN

RE
VE
LA
CI
ÓN



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

A los pies de un trono	11
Acción (revelación)	21
Pisadas en el sueño	29
Escajoneras	35
B'salel	39
Habitaciones	45
Profetas	53
Asher	57
Estrellas de Agua	61
Cuerpo en garantía	69
Desconocidos. Los	75
Como un invierno	83
Primer adiós	87
Especies de espacios	93
No ir a Praga	103

Morir sin cámara	111
¿Cuál es tu respiración?	117
¿Por qué mierda todos mentimos?	129
Salomón Serfati	133
¿Última despedida?	151
No te alejo	155
Ficciones, correspondencia 19	157
Café de Flore	159
Peldaños	165
Subir la escalera del sueño	173
Definiciones	185
Enero en Grecia	189
Bücher sind beleidigt	195
Maestro del Buen Nombre	207
Palabras del anciano de ojos azules	215
Determinación sin propósito	221
Del flotar	225
(Carta de W recibida después de Ámsterdam y antes de Estambul)	237
La mano que besa	239
Diccionario	241
Adiós	251

¿Qué buscas en realidad?	255
Shibulet	257
Adiyaman	265
La carta	271
Te pido perdón	273
Suna	275
Chapell Hill	281
Salir	289
Capa y Chin	291
Instantánea n. ° I	297
Instantánea n.º II	299
Instantánea n.º III	301
Cinco	303
Cuerdas	311
Siete manuscritos	319
Futuros	331
Reencuentro	333
Secretos pasajeros	339

LA MESÍAS

Página	347
--------	-----

A LOS PIES DE UN TRONO

La cámara sirve para buscar, no para fingir.

Pedro Costa

— **M**e quiero ir —susurré conteniendo el llanto al misterioso anciano de ojos azules que me miraba fijamente.

—¿Bar, te has preguntado qué te lo impide? —me respondió.

Se movía flotando en la penumbra de la habitación. Me llevaron sin consentimiento a una casa que yo imaginaba situada cerca del Bósforo luego supe que el Bosforo, efectivamente, estaba cerca y que en realidad si fui a estambul fue para encontrarme con el anciano).

Tenía razón, me pregunto qué nos impide alejarnos de las situaciones que nos atrapan. Mientras le fotografiaba (me impuso hacerlo), iba descubriendo el motivo de lo que yo consideraba un secuestro, mientras que ellos —el anciano, joven de la mancha

roja en la cara y la joven Suna—, lo consideraban una invitación. Había recibido la propuesta de viajar para fotografiar unos documentos, la organización Ha'ari me envió un billete y la reserva de hotel, se mostraron amables; la cita, efectivamente, era para el día de mi secuestro en un lugar y a una hora por determinar. Cuando recuerdo, me doy cuenta de que la sensación de cautividad precedió a mi cautiverio. ¿Hay un vínculo entre los acontecimientos de nuestra vida? ¿Qué permanece igual de uno mismo en las distintas edades?

No quiero olvidar, recuerdo obsesivamente los ojos azules del anciano, el olor de la habitación oscura, la mancha roja de mi secuestrador, que tal vez era menor a lo que hoy imagino. Pero a ratos, cuando dejo la mente libre de la presión del tiempo, mirando al mar desde esta habitación del Belles Rives, entre capítulo y capítulo aparecen sus rostros atenuados, como un paisaje al anochecer insinuado en la oscuridad, donde imaginamos más que vemos. Es desde aquí, después del tiempo acordado, cuando vuelvo al relato. Aparentemente nada me impedía escribir lo sucedido, salvo cierta lealtad a la palabra dada, pero ya soy libre para contarlo.

Ya soy libre, me digo para calmar mis dudas.

Esa mañana de hace ya varios años era luminosa. Al despertarme ya habían desaparecido las sombras que se deslizaban por la noche sobre las paredes de mi habitación, un reflejo brillante de antorchas agitadas por jóvenes vestidos de negro que protestaban en Taksim. Los observé marchar victoriosos por las

calles alrededor del hotel enarbolando banderas turcas, cantando, gritando: ¡libertad! Me lo tradujo una chica de pelo largo y labios rojos que retraté sonriendo. Hasta nos prohíben reír, me dijo en inglés.

Estambul parecía el comienzo de algo.

Mientras tomaba un café observé las fotos que había hecho el día anterior. Revisé en el visor las imágenes, sorprendiéndome el brillo de sus rostros. Descalza, sentada al lado de una mesilla redonda en el minúsculo salón de la habitación que daba a la calle, sentí miedo por ellos. Se habían repartido caretas que se colocaban divertidos, pero las noticias de aquella mañana hablaban de varios heridos. Me serví otro café mientras perdía la vista en la calle. Llegaba el olor a goma quemada y quedaban restos de cartones y coches destrozados colocados como trincheras improvisadas. Las aceras ahora estaban casi vacías, únicamente dos niños rebuscando entre la basura. El humo se iba evaporando, dejando una huella difusa en el aire. Desde la ventana fotografié una de las barricadas cubierta por una neblina blanca de polvo.

Me preguntaba si ir o no a la cita con el hombre que deseaba olvidar, de quien obsesivamente quería alejarme y, a la vez, a quien seguía misteriosamente ligada, aún tenía tiempo para decidir. Era una traición interna, algo oculto como entre cenizas que nada tenía que ver con mi viaje para la localización de espacios, con la propuesta de una organización para ver documentos, o eso creía, pero allí estaba él, y yo dudaba. Mientras me preguntaba quiénes eran los que me habían invitado a Estambul.

Sobre la cama, varios folios se amontonaban junto a otros documentos donde había garabateado unos esquemas. Quería enlazar ideas e imágenes. Imprimí algunas instantáneas: calles, escaparates, manifestantes, un concierto. Me gustaban los primeros planos de los pies de la cantante israelí y sudanesa Cabra Casai. La había fotografiado hacía unos días, envuelta por la sensualidad de la luz; ahora esas instantáneas se mezclaban con las imágenes de los manifestantes. Pies negros, brillantes, en breve armonía con sus piernas, donde destacaban las uñas pintadas de blanco. Busqué en mi bolsa de viaje un esmalte de uñas blanco, solo encontré uno rosado y decidí usarlo sin prisas, dando importancia a cada movimiento del pincel sobre mis dedos armoniosamente dispuestos. Luego, mientras se secaba el esmalte, me dediqué a ordenar mis notas en folios dispersos, junto a algunos libros que había comprado. Repasé imágenes y apuntes.

En la habitación, gracias a la luz de la mañana, los muebles adquirieron una presencia agradable y familiar.

Revisé los esquemas de mi investigación en imágenes sobre la relación entre el aura de la que habla Sabatai Zevi (el falso Mesías del s. XVII) y la mencionada por Walter Benjamin. El tema se iba aclarando gracias a unas cartas que había encontrado mi colaborador y amigo Salomón en Venezuela. ¿Tal vez ellos vieron que el aura es el alma de los objetos? —me preguntó por teléfono la voz feliz de Salomón—, ¿hay posibilidad de poseer las *cosas* sin que ellas nos posean? ¿Por qué unas imágenes son mundos y otras simplemente escenas? El secreto de las cosas, le respondí.

Observando mis pies, recordando cuando W (prefero solo una inicial, así olvido su nombre que ha ido rompiéndose y perdiéndose en cada traición), besaba extasiado cada dedo, imaginé a Sabbatai caminando por las mismas calles que yo había paseado el día anterior, seguido por la multitud de fieles; o, también, caminando por las calles de Esmirna donde fotografié la que dicen que fue su casa, unas ruinas de piedra que están rehabilitando. Entonces debió suscitar la misma pasión que la de esos jóvenes que expresaban su alegría de vivir, su ansia de libertad. Él traía un mensaje mesiánico a quienes lo esperaban, anhelaban el cambio, el final del tiempo ante una época cruel de persecuciones, de matanzas, de nuevo contra los judíos. No deseaban que les dijeran la verdad, sino que los ilusionaran, les dieran sentido, futuro, los salvaran, en definitiva. (La verdad era mi obsesión, quizá porque nunca la valoramos tanto como cuando somos víctimas de una mentira). Me interesaba su relación con el profeta llamado Nathan de Gaza (Benjamin Levi), conocido por descubrir el alma de quienes iban en peregrinación a visitarlo. Nathan de Gaza le descubre que él era el Mesías. Al principio, Sabbatai se niega a creerle, pero el prestigio de su seguidor profeta, su insistencia (junto a su propio carácter con tendencia al ascetismo), le convenceren de que él es verdaderamente el Mesías. En trance, en una reunión de un grupo de rabinos, anunció que según un texto apócrifo de Abraham he-Hasis, contemporáneo de Yehudah he-Hasis, se profetizó su llegada. En Gaza, el 31 de mayo de 1665, se proclamó a sí mismo Mesías, entonces fue seguido por una numerosa comunidad e importantes rabinos.

Entre las fotos de los jóvenes retratados encontré las de un hombre extrañamente familiar; entonces no podía saber quién era, aparecía algo alejado de los grupos, en varios momentos. Debí haberme dado cuenta de que también observé su rostro cruzado por una mancha roja en Esmirna; entonces no le di importancia.

Quise salir, tenía algo de tiempo, pensaba pasear, seguir buscando imágenes. En el baño, el grifo de la ducha lanzó un chorro estrepitoso que se estrelló contra el cristal de la mampara —hay hoteles que complican inútilmente esos dispositivos del lavabo—. Me volví y, de repente, las gotas sobre el cristal parecían estrellas de agua. Emitían una luz brillante y persistente que me recordó a un cielo imaginario y transparente donde la noche alejada no sería oscuridad, sino vacío, y las estrellas brillarían a pesar de la luz. Tuve la experiencia de ver algo inesperadamente bello.

Evitaba pensar en el error que era reencontrarme con el hombre del que había conseguido alejarme, porque tuve sometida mi imaginación, mi deseo, a una mentira. Entonces supe que era un destino, pero también una oportunidad.

Sí, quiero recordar pero, como ellos sabían, el olvido aparece en las grietas del miedo, del vacío, de la supervivencia. Recordar es también olvidar.

Iba a encontrarme con él, con W, por lo que cada acción adquiriría la dimensión del reencuentro, aunque no sabía qué le diría, no había nada premeditado, simplemente, de nuevo (sin odio ya) le dejaba actuar, prolongar la despedida, la mentira. Me duché despacio

alargando el momento del agua y sus promesas. Me dejé sorprender por ese cristal. Me puse perfume, unas gotas de CK. Me vestí con ropa interior blanca, unos vaqueros y un jersey negro de algodón con cuello alto. Pensé en el calzado y dediqué un tiempo a decidir; me puse unos calcetines de encaje negro.

Me miré al espejo, gesticulé haciendo muecas con la boca, entornando los ojos, sonriendo. Me peiné, me había crecido mucho el pelo, parecía más brillante. Pienso que en esos días no sé si, más allá del peinado, conocía mi rostro, el otro rostro.

Recordé en mi cautiverio una frase que había leído de Ezequiel: «Y ocurrió en el año treinta, en el mes cuarto, cuando yo estaba entre los cautivos, junto al río Kabar, que los cielos fueron abiertos y vi visiones de Dios».

¿Qué tiene esa ciudad fronteriza? Entonces no sabía si el secuestro tenía que ver o no con el propósito que me llevó a Estambul. Trataba de organizar una narración visual del viaje a esa ciudad del Sabbatai Zevi, la idea de lo sagrado, del delirio de quienes lo siguieron, multitudes fascinadas, entregadas en busca de la salvación, apasionadas como cuando uno se enamora —que ama a todo y a nada, salvo al amado—, miles de judíos desesperados que se unieron a quien prometía la redención. Lo sorprendente es que llegué a Estambul justo en otro momento de exaltación, de multitudes. Y me sorprende que cuando sucede algo extraordinario los detalles sin interés se fijen como si fueran relevantes. Por ejemplo, no olvido datos muy precisos de la mañana de mi secuestro.

En la calle aún solitaria caminé viendo escaparates, muchos de ellos de objetos y decoración muy diferentes a los que se ven en Madrid, pero otros terriblemente similares. Para hacer tiempo fui siguiendo a un joven que a su vez seguía a una chica. Fotografí su espalda, sus giros bruscos mientras ella caminaba ajena. En una de esas calles comerciales, cuando me detuve a ver la foto que acababa de tomar, sentí a alguien demasiado cerca; luego, casi a la vez, una fuerte sacudida y un brusco empujón que casi me tira al suelo si no me hubiera apoyado en la pared. Mis amigos me habían advertido de que quizá no era buena idea ir sola. En ese momento no relacioné el encontronazo con mi cita ni con la invitación.

Por un instante vi la cara del hombre que me agredió, creo que vi su mancha roja, pero enseguida volvió a empujarme hacia la penumbra de un portal donde me cubrió con una túnica impidiendo que pudiera ver. Había también otro hombre del que solo pude concretar su silueta. Después, agarrada por el brazo, caminamos unos pasos hasta que me hizo entrar en un coche, al salir supe que era un Renault blanco, creo recordar que era un Renault.

Debí haber esperado a que pudieran acompañarme a la cita al menos uno de mis dos colaboradores: Asher Alma que me ayudaba desde Barcelona, mientras que Salomón lo hacía desde Caracas. Salomón y Asher no llegaron a conocerse.

Mi viaje de investigación era un reto para comprenderme más allá de un psicoanálisis, de la terapia. No quería rebuscar en el pasado, sino visitarlo,

adentrarme en la oscuridad, en las tinieblas, en emociones que, aunque suceden aparentemente sin una causa, determinan decisiones que posteriormente obligan a vivir a partir de ellas con una realidad cambiada. El amor tiene la fuerza de la creencia, de la fe, y cuando se descubre su falsedad nos deja abandonados. Mi labor de fotógrafa era mi respuesta, mi camino hacia el olvido, la libertad.

No es un secuestro, me dijo en español el hombre de la mancha roja.